

La innegable solución a nuestros problemas vía reducción de la población global

En artículos anteriores he defendido la necesidad de plantearse seriamente políticas encaminadas a reducir la población mundial, como verdadera y única solución real a los problemas que, cada vez con mayor insistencia, nos agobian.

Sin embargo nunca había apoyado tales afirmaciones con cifras. Es hora pues de hacerlo, y voy a centrarme, especialmente, en el problema de la energía, concretamente en lo que a la producción eléctrica y el consumo de petróleo para el transporte se refiere.

No voy a negar que algunas de las cifras que voy a utilizar puedan ser cuestionables, pero las fuentes de las mismas son el **Banco Mundial** y algunos trabajos de investigación realizados por distintas universidades, por tanto tan cuestionables serían en el marco del presente trabajo como en el de cualquier otro planteamiento.

Si revisáis artículos anteriores en los que he tratado el tema, en mi opinión, el objetivo de población a conseguir debería ser la existente a finales del siglo XIX, principios del XX, aproximadamente unos 1500 millones de habitantes, y ese será el criterio base de los cálculos que a continuación expongo.

Empezaré por la cuestión de la producción eléctrica. Actualmente, en datos de 2009, el consumo mundial eléctrico se sitúa en 2846 Kwh. per cápita. No obstante no deberíamos tomar este dato como referencia puesto que, como media mundial que es, implica una clara desigualdad en el acceso a los recursos. Más lógico sería, utilizar como referencia, alguna de las medias habituales del primer mundo.

Así, si consideramos la media de consumo de toda Europa (Comunitaria o no, e incluyendo la Federación Rusa), esta se eleva a 6206 Kwh. per cápita. Si nos limitamos a los miembros de la UE, esta llega a los 6413 Kwh. per cápita. Y si finalmente añadimos los EE.UU., llegamos a la cifra de 8407 Kwh. per cápita.

Así que vamos a utilizar esta última cifra como objetivo mundial en el modelo propuesto. Que conste que de la suma de los todos los países europeos más los EE.UU. solo seis países tienen un consumo por encima de dicha cifra, lo que representa que, extender dicha media a todo el planeta, implica enormes incrementos de consumo en la inmensa mayoría de países.

Pues bien unos simples cálculos nos permiten ver lo que significaría la adecuación de las necesidades de consumo a una disminución de la

población. Fijando el consumo medio mundial en 8407 Kwh., es decir con un incremento de un factor de 2'95 sobre la real, las necesidades globales se reducirían a un 65% de las actuales, es decir un ahorro de recursos del 35% sobre los consumidos actualmente. Ello se podría traducir en que las energías renovables pasarían a representar más del 28% de los recursos empleados, subiendo 10 puntos sobre el actual porcentaje.

Si mantenemos la participación real del gas natural en la producción eléctrica (considerado el menos contaminante de los recursos fósiles), podríamos reducir la participación del carbón en casi un 39%, prescindiendo totalmente tanto del petróleo como de la energía nuclear en dicha producción eléctrica. Los efectos positivos, desde un punto de vista ecológico (reducción de emisiones de CO₂ y riesgos nucleares) son claros, evidentes e incuestionables.

Pero también es verdad que nuestra dependencia del petróleo se centra, principalmente, en el área del transporte. El candidato más inmediato para sustituir al petróleo es el biodiesel, pero la sustitución inmediata de uno por otro plantea serios problemas actualmente. Más allá de las prácticas especuladoras y sus nefastos efectos, prácticas estas que es urgente eliminar cual cáncer del sistema productivo y sean cuales sean las medidas necesarias para ello, resulta evidente que dicha sustitución tiene efectos colaterales inaceptables en el área alimenticia. Solo la sustitución del petróleo utilizado en el transporte por biodiesel, representaría dedicar entre un 9'63% y un 25'69% de la superficie terrestre agrícola a su producción, con la consiguiente caída en la producción alimentaria.

Sin embargo el recálculo de las necesidades en función de la reducción de la población abre una vía factible a esta solución.

En una primera aproximación simple, podríamos considerar que las 12.960 millones de hectáreas dedicadas a la producción agrícola podrían quedar reducidas a 2.860 millones con el mencionado volumen de población objetivo, pero nuevamente pecaríamos de promover el mantenimiento de situaciones desiguales. Si simplemente duplicamos nuestra capacidad de producción alimentaria, garantizamos disponer de los recursos necesarios para todos. Solo habrá que dotarse de los mecanismos adecuados para que el reparto de los mismos sea justo.

Así pues consideremos el mantener en activo un total de 5.700 millones de hectáreas de producción agropecuaria. Las necesidades de biodiesel en el transporte también se verían reducidas, y si la simple regla de tres nos da un total de poco más de 730 millones de hectáreas dedicadas a su producción (considerando el peor de los casos de productividad), aplicamos aquí también un margen mayor

para cubrir desigualdades, duplicando la cifra. El resumen final es que aun así podríamos liberar más del 44% de la tierra actualmente dedicada a la producción agropecuaria para la recuperación de bosques y selvas.

Esto es solo un esbozo. Cabe pensar que la profundización en el modelo apuntado proporcionaría más valoraciones positivas. Así, y a modo de ejemplo, cuando en la primera parte la propuesta se basa en la adaptación de la infraestructura existente, en cuanto a producción eléctrica, no se tiene en cuenta que una parte de ella deberá cerrarse (la correspondiente al exceso de capacidad productiva situada en el primer mundo) mientras deberá crearse la necesaria en el tercer mundo para alcanzar la capacidad de oferta apuntada. Es lógico y de esperar que en ese caso se optara, fundamentalmente, por la utilización de fuentes renovables, con lo que la distribución antes apuntada se vería modificada por un incremento de la participación de tales energías, y una disminución del carbón y/o el gas, con lo que el efecto positivo sería aun mayor.

Tampoco se valora que tal cambio requeriría un nuevo paradigma que definiera el modelo productivo. Este no podría estar basado en la maximización del beneficio (como ahora), ya que necesariamente deberíamos movernos en un modelo económico de decrecimiento, hasta alcanzar el objetivo de población, seguido de un crecimiento cero una vez establecido el nuevo modelo social. Este nuevo modelo en el que sería fundamental la cobertura de las necesidades humanas en lugar de la obtención de beneficio económico, permitiría una producción de bienes y servicios mucho más racional, y por tanto con un mayor aprovechamiento de los recursos.

Los efectos de la disminución de la población son, asimismo, positivos en otros ámbitos, pero la discusión de los mismos la dejaremos para un futuro artículo.